La espuma de los días
Buñuel y nueve grandes de Hollywood

José de la Colina

En una foto histórica y hoy irrepetible porque entre la docena de "personajes" captados por la cámara (de un fotógrafo que resultó anónimo) está mirándonos una novena de grandes del cine, de los cuales no sé si en alguna otra ocasión otros semejantes (si los hay) se hayan reunido para comer, para retratarse juntos, para conversar, para decirse mutuos admiradores. Están de pie y son cuatro en la primera fila de arriba: Robert Mulligan, William Wyler, George Cukor y Robert Wise, y, sentados en la de abajo, los otros cinco: Billy Wilder, George Stevens, Luis Buñuel, Alfred Hitchcock y Rouben Mamoulian. Los otros cuatro, que son mencionables por la derivativa gloria de estar allí como visibles adláteres, son (todos en la hilera de arriba): Jean-Claude Carrière, escritor y guionista, Serge Silberman, productor de cine, Charles Champlin —ojo: no Charles Chaplin—, crítico de cine de *Los Angeles Times*, y Rafael Buñuel, hijo de Luis y realizador de televisión estadounidense. Sobre la pantalla de la segunda lámpara de mesa, la mano de don Luis ha inscrito la fecha: 20 de noviembre de 1972. También es de don Luis la caligrafía de los nombres que van al pie de la foto.

Todas las fotos, como las de cualquier álbum familiar, conllevan una historia y un posible relato. Así es con ésta, de la cual no habrá otra semejante. John Baxter cuenta en su libro *Luis Buñuel. Una biografía* que a finales de 1972 Buñuel, Silberman y Carrière habían llegado a Estados Unidos para el lanzamiento de *El discreto encanto de la burguesía* y que el cineasta español disfrutó probando, examinando, calibrando, anotando distintos restaurantes y vinos californianos. Cuando George Cukor les pidió que, en Los Ángeles, asistieran los tres a un almuerzo dizque íntimo con algunos amigos, don Luis aún no sabía que la reunión sería en su honor. La lista de esos amigos, que nunca antes habían visto a Buñuel, incluía a esos mencionados cineastas de Hollywood, más Fritz Lang y John Ford, que estaban deseosos de conocer a don Luis, pero, puesto que el primero estaba demasiado enfermo, no pudo quedarse mucho rato —moriría dos años después—, y Lang telefoneó disculpas por su ausencia debido a un compromiso anterior, aunque al día siguiente recibió a Buñuel en su residencia.

Dada la timidez y la sordera de don Luis, el almuerzo fue tenso al principio, aunque el famoso encanto de Cukor, que actuaba como *metteur en scène*, alivió rigideces y silencios. Hitchcock, en particular, estuvo muy comunicativo, y más de una vez exclamó "¡Ah, esa pierna de Tristana!". Don Luis fingía extrañarse de ello, pero como Tomás Pérez Turrent y yo le dijimos (en una de aquellas sesiones de entrevistas para el libro *Prohibido asomarse al interior. Conversaciones con Luis Buñuel*), a nuestro parecer, lo que al cineasta inglés tan afortunada y tranquilamente hollywoodizado le escandalizaba, aunque gozosamente, era la audacia de tener por heroína de un film a una coja con una pierna ortopédica, y que eso añadiera erotismo a la belleza fría de Catherine Deneuve.

(La foto me la regaló don Luis, ya anotada por él). **u**